

**SACERDOTES QUE
CONTRUYERON REVOLUCIÓN**



**“La Causa más noble para dar la vida
es la Liberación de los Pueblos”**

CTE Manuel Pérez Martínez

**Ejército de Liberación Nacional
ELN de Colombia**



CAMINOS DE REVOLUCIÓN

En el mundo cada cierto tiempo se presentan hitos que marcan el comienzo, la construcción de un nuevo futuro. Colombia vivió en la década de 1960, ese hito. Desde entonces el camino a LA REVOLUCIÓN se ha ido construyendo hombro a hombro con el pueblo, armados de compromiso, amor, convicción y entrega para no desfallecer.

El sector de La iglesia católica, más cercano a la realidad y al trabajo con los pobres, comenzó la búsqueda de ese hito a través del amor eficaz. Así, como fuerza espiritual comprometida, comenzó su acompañamiento y práctica ejemplar en el camino a la Revolución.



CAMILO TORRES RESTREPO

*“soy revolucionario como colombiano,
como sociólogo, como cristiano y como sacerdote”*



«El deber de todo Cristiano es hacer la revolución».

Camilo expresa la necesidad y la posibilidad histórica del «diálogo y la colaboración entre marxistas y cristianos», pensamiento que en su desarrollo práctico generó varias situaciones nuevas en el terreno de la Iglesia y el cristianismo en los ámbitos nacional y mundial.

Su compromiso político realiza una obligada síntesis entre el investigador, el científico, el sacerdote y el revolucionario, no como una dicotomía, sino como el resultado de una visión múltiple y plural de la sociedad colombiana y de su dimensión profundamente humana y social.

Camilo decía: «Soy revolucionario como colombiano, como sociólogo, como cristiano y como sacerdote.

Como colombiano, porque no puedo ser ajeno a las luchas de mi pueblo.

Como sociólogo, porque gracias al conocimiento científico que tengo de la realidad he llegado al conocimiento de que las soluciones técnicas y eficaces no se logran sin una revolución.

Como cristiano, porque la esencia del cristianismo es el amor al prójimo y solamente con la revolución puede lograrse el bien de la mayoría.

Como sacerdote, porque la entrega al prójimo que exige la revolución es un requisito de caridad fraterna, indispensable para realizar el sacrificio de la misa, que no es una ofrenda individual,

sino de todo el pueblo de Dios por intermedio de Cristo»

Como sacerdote y cristiano, Camilo se hizo guerrillero por ser fiel a sus convicciones y creencias en cuanto a que «el deber de todo cristiano es hacer la revolución».

Se comprometió hasta las últimas consecuencias, renunciando a las posibilidades sociales y económicas que su extracción de clase le permitía.

Fue seguidor de Cristo y precursor de cientos de hombres y mujeres que al igual que él y en unión del evangelio se alzaron en armas contra los tiranos en la patria americana.

Fue revolucionario como dirigente de masas, porque en sus afanes recorrió todos los espacios posibles rescatando los valores óptimos del pueblo; sudó con él, peleó con él. Se alzó y se unió a aquellas masas llenas de desamparo y de hambre física e intelectual. Luchó de cara al país, como suele decirse hoy, contra las oligarquías, los altos mandos militares, las jerarquías eclesiales, los partidos petrificados que ya conocemos y esa izquierda caótica y criticista que, encerrada en sus propios altares, hacía apología de sus propias desdichas.



Cerrados todos los caminos para la acción urbana, ¿cuál era el camino para un hombre como Camilo, el exilio?, descartado para alguien de su temple, ¿La renuncia? No, porque éste es el camino de los cobardes, de los timoratos, de los amigos de las corbatas y las buenas chequeras y jamás será considerada siquiera como una opción por la gente digna, y dignidad le sobraba a Camilo.

Su ejemplo es la lógica de su obra y la prolongación de su vida, asumiéndola y entendiéndola de manera integral, sin dicotomías ni falsos dilemas, y sin pretender separar de manera absurda al hombre, al político, al científico, al colombiano, al dirigente popular y menos separarlo de los momentos históricos en que actuó y desarrolló su compromiso político, revolucionario y militante.

Su desenlace no fue dramático ni fue el final. Es el camino escogido por quienes deciden luchar con la pluma, con el verbo y con el valor de su ejemplo. Camilo muere en combate el 15 de febrero de 1966 en la Vereda Patio Cemento (Santander del Sur).



La guerrilla, más que una realidad, ha sido y es, una esperanza

MANUEL, DOMINGO Y JOSÉ ANTONIO: TRILOGÍA DE ORO

Manuel nació el 9 de mayo de 1943 en Alfamen, pueblo de la provincia de Zaragoza en España. Hijo de campesinos pobres, compartió con sus padres y su único hermano el amor por la tierra y por los seres humanos. De sus orígenes campesinos aprendió a cultivar el trigo, la avena, la cebada, de allí viene su vocación por los cultivos y la naturaleza. Su pueblo, como su gente, guardaba hondas vocaciones hospitalarias. Alfamen era el pueblo de todos.



Sus padres le inculcaron desde temprana edad su amor por la educación y la solidaridad con todos. Estudió la primaria en su pueblo. Su maestro, José María, con apellido borrado por el paso de los tiempos, era un eterno cuestionador de los sacerdotes predicadores de bondad, pero no cumplidores de los preceptos bíblicos.

De esas paradojas nació un sentimiento por conocer la vida del seminario y así lo hizo. Con un grupo de siete conocidos, entre ellos varios primos, se marchó para Teruel en Alcoriza.

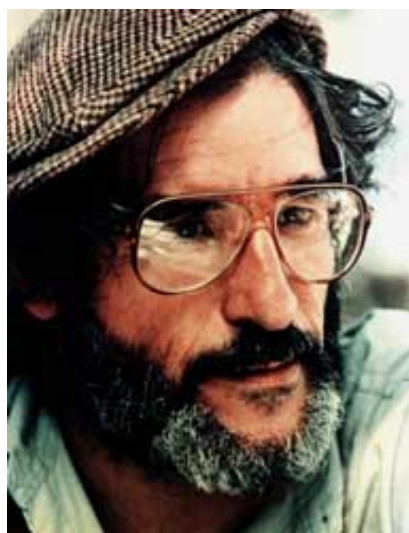
. El primer impacto al pisar la puerta del seminario fue bastante negativo: aquel edificio gris, cerrado, feo y frío más se asemejaba a un lúgubre castillo para la filmación de películas de terror, que al lugar para reencontrarse con Cristo y vivir en oración. Los habitantes del edificio; sacerdotes y el prefecto, eran iguales de fríos a aquellas desvencijadas paredes.

Sólo Manuel aguantó con estoicismo aquellas pesadillas, mientras sus compañeros de causa las abandonaron para regresar a Alfamén con la seguridad de que aquello de ser cura era un asunto serio.

Entre tanto, Manuel, a pesar de los fríos, las sanciones, el infierno, los tenedores y los diablos creados por la mente de aquel cura, se aguantó cinco años hasta convertirse en adolescente.

Hecho joven pasó al Seminario Mayor donde se dedicó al estudio de la filosofía. Fueron tres años en Zaragoza vinculados a trabajos pastorales en los barrios pobres de aquella ciudad.

La juventud obrera católica (JOC) fue su primera experiencia organizativa. Con la filosofía aprendió a conocer algunos textos marxistas. Al tener relación con los obreros el marxismo, aunque no en profundidad, comenzaba a despertar el interés por conocer ese mundo nuevo que se le insinuaba.



En el seminario conoció a Domingo Laín Sáenz y a José Antonio Jiménez Comín y juntos, además de sacerdotes, se volvieron soñadores. Llenos de vigor, de juventud, de honradez y de bultos de romanticismo, cargaron sus pocos bártulos y emprendieron el camino de la vida en dirección a Francia. Eran los tiempos de los curas obreros y ese mundo cada vez los penetraba más. En Lille trabajaron con los obreros de *filles de la Charité*.

Limpiaron hospitales, asearon oficinas, barrieron calles y quebraron algunos vidrios del Ministerio de Guerra.

En Pouen (Francia) trabajaron en una cooperativa. Hicieron muebles, embotellaron líquidos y ante la agresión de un capataz tirano que le reventó la cabeza a Domingo de un botellazo, Manuel le respondió con otro botellazo que también estremeció los huesos de aquel tipo.

En Francia conocieron el capitalismo, su frialdad, sus lacras, su insensibilidad, su odio por los pobres, la profunda tristeza de los emigrados. Al asomarse a esta ventana se hizo evidente su progresiva toma de conciencia de la profunda opresión sufrida por los trabajadores; lo que los obligaba a explicar el sentido y las exigencias del amor cristiano desde una óptica humanista y solidaria. Allí quedaron marcados por siempre y su posterior actividad intelectual y pastoral tiene su sustento en este despertar.

Su experiencia en Francia les rompió algunos mitos fabricados en su paso por el

seminario y los llevó a la reflexión de cómo encontrar desde la fe, fuertes motivaciones para continuar una búsqueda aún no suficientemente clara.

Eran los tiempos del Concilio Vaticano II con sus perspectivas de reformas sociales y eclesiales que no obstante la reacción negativa de la Iglesia suscitó y coadyuvó a generar nuevas corrientes de pensamiento progresista al interior de la Iglesia, que más tarde incidirían notablemente a nivel mundial y de manera específica en América Latina con la teología de la liberación.

En América Latina se inscribieron en el Seminario Hispanoamericano, en el cual tuvieron conocimiento de Camilo, del Frente Unido, reconocieron a Colombia en su imaginación y supieron que esa era la patria que guardaría sus huesos. Camilo se volvió un símbolo y su ejemplo los guió por el camino sin retorno de su compromiso con los pobres. Muerto el símbolo, comprendieron que su evolución, al igual que la de Camilo, los llevaría como a él, al amor por sus hermanos hasta las últimas consecuencias.

Partieron de España en 1967 con sentimientos encontrados: la incertidumbre por lo desconocido, mezclado con la fuerza que los empuja hacia la aventura. El viaje en barco los condujo al puerto de Santo Domingo. En esa realidad de infamias supieron que en América Latina las condiciones materiales de la vida del pueblo, por difíciles que fueran, eran susceptibles a empeorarse. En Santo Domingo faltaba todo. ¿Por dónde comenzar?



La imagen que habían construido de América Latina era demasiado romántica e ideal, nada comparable con aquel mundo de falencias, ciertas, más parecidas al surrealismo mágico relatado en mil ensayos por las plumas más brillantes del habla hispana. Aterrizan en San Juan de la Maguana, provincia ubicada en la frontera con Haití. Y para su espanto encuentran este cuadro de Dante: 95% de iletrados (toda la población negra) y, por tanto, sumidos en el dolor, el desprecio y el olvido. 21.000 haitianos masacrados por Duvalier ("Papá") días antes de su llegada, fueron la bienvenida. Este pueblo estaba lleno de angustias y temores explicables por la dureza de su existencia.

En el cercado, Vallejuelo, Hondo Valle (República Dominicana) conocieron el vudú, esa extraña mezcla de religión y brujería por la que se sacrifican niños para aplacar la indignidad. También conocieron a los pistoleros que sin ningún recato portaban sus armas y le clavaban varios tiros a quien no fuera de su agrado.

Eran los días posteriores al dictador Trujillo y su nefasta y criminal política racial contra los negros dominicanos y haitianos.

Organizan a las comunidades campesinas y con ellas van emprendiendo el camino de la unidad y la lucha. Esta labor comunitaria les acarrea problemas y

amenazas de los terratenientes.

El Obispo de la diócesis, Monseñor Reily, norteamericano, los invita a mantener sus fecundas enseñanzas, pero bien lejos de su diócesis y del país.

De nuevo al mar y a pensar en el inextricable mundo de lo desconocido. Con sus pocos enseres llegan a Cartagena de Indias Manuel, Domingo y José Antonio. En Cartagena se encuentran con Carmelo Gracia (sacerdote español que llevaba días de estar en Colombia). Después de algunos días, Domingo Laín se marcha a la fría y distante Bogotá, a convivir con los pobres del barrio Meissen.

En Cartagena comenzaron como obreros, habitando en el barrio Olaya Herrera, en una de las casitas de tablón, hurtadas a la Ciénaga de la Virgen en los ratos de marea baja. El nivel educativo en Cartagena era más elevado que el encontrado en República Dominicana, aunque muy similar con respecto a las condiciones de pobreza. Sin embargo, existían facilidades de asociación y de mayores niveles de conciencia.

En aquellos días se estaba esperando el CELAM y estas perspectivas de compromiso social de la Iglesia los animaban a continuar en la brega. La situación del país era explosiva. **Camilo seguía presente, a pesar de muerto, en todas las reuniones, eventos, tanto culturales como sociales.** Inmensas movilizaciones estudiantiles, obreras y populares generaban el ambiente propicio de las tesis liberadoras.

Participaron como voceros de las comunidades en el Paro Obrero Nacional de comienzos de 1968 que enfrentó al pueblo con el gobierno de Carlos Lleras Retrepo. Aunque, como es repetitivo en la historia nacional, todo se resolvió en una mesa servida de buen vino, donde Tulio Cuevas y José Raquel Mercado, máximos dirigentes de la Unión de Trabajadores de Colombia (UTC) y la Central de Trabajadores de Colombia (CTC), respectivamente, entregaban las reivindicaciones populares.



En 1968, surge la figura grandiosa de Monseñor Gerardo Valencia Cano, quien con cincuenta sacerdotes más dan fe por el hombre y el mundo nuevo, haciendo suya la "opción por el socialismo" a través del movimiento conocido como Golconda.

El movimiento de Monseñor Gerardo Valencia Cano comienza a señalar las contradicciones políticas y teológicas con las jerarquías eclesiales y por el camino de Camilo confrontan tesis sobre el amor fraterno entre los seres humanos, el llamado amor a Dios, los cultos, el papel del sacerdote en la sociedad, las relaciones de la Iglesia con las comunidades, la sociedad y el Estado. Manuel, José Antonio y Domingo acompañaron a Monseñor Valencia Cano en Golconda, al lado de otros sacerdotes como Vicente Mejía, René Gracia, Roberto Becerra, Manuel Alzate, etc.

Con Golconda el compromiso se hace permanente: se crean formas organizativas en los barrios, se confronta en la calle al Ejército, se generan cabildos abiertos en el centro de Cartagena, con participación de todos los estamentos urbanos. De ahí, como respuesta, son detenidos y se les comunica la decisión del gobierno de expulsarles del país. Agotadas las instancias legales se abrió paso a la necesaria reflexión:

¿qué haría uno de esos pobres si fuera tratado en las mismas condiciones que ellos lo

fueron? Claramente se veía que para acompañar, para ser uno más del pueblo, no había sino tres opciones: *ser encarcelado, ser asesinado o irse para las montañas a luchar por la liberación.*

Esta última opción se hizo realidad: el camino de la guerrilla y la lucha armada estaba decidido. Se reunieron con once compañeros de Golconda para comunicarles la decisión e invitarlos a caminar con ellos. Todos, de una manera colectiva, aprobaron y se reunieron en la misma esperanza. Conviniere que harían pública su presencia en la guerrilla después de estar vinculados al ELN.

Fueron expulsados del país a finales de 1968. Al regresar a Bogotá, ya en secreto y clandestinos, sufren un tremendo golpe al enterarse que el contacto con el ELN acababa de ser asesinado. En efecto, Rómulo Carvalho, dirigente estudiantil de la Universidad Nacional y primer responsable del trabajo urbano de Bogotá, fue asesinado en mayo de 1969 durante el gobierno de Carlos Lleras Restrepo.

Finalmente, lograron ponerse en contacto con la fuerza guerrillera y se incorporaron. De aquellos primeros días quedan demasiados recuerdos: a su llegada los recibió el Estado Mayor en cabeza de Fabio, quien resaltó el internacionalismo y la solidaridad; además, eran los primeros sacerdotes que se incorporaban después de Camilo. De entrada, fue grande el impacto de encontrar no aquella guerrilla mítica y soñada, sino un grupo de campesinos mal armados y llenos de necesidades materiales. La convicción de aquellos campesinos, en su mayoría jóvenes, les causó profunda admiración.

Ocho meses después de la incorporación de los tres sacerdotes al ELN, muere José Antonio Jiménez Comín cuando tenía 34 años de edad. Sus huesos reposan en la cordillera de San Lucas.



El comandante Domingo Laín Sáenz cayó en combate el 20 de febrero de 1974 en la quebrada la Llama, jurisdicción de municipio antioqueño de El Bagre. Al igual que Camilo, trató de recuperar el arma de un soldado caído y éste, agonizante, reaccionó y le incrustó tres proyectiles en su pecho. Su muerte fue fulminante. Varios combatientes trataron de recuperar su cuerpo pero no pudieron. Uno de esos valientes también marchó con Domingo a la eternidad.

El ejemplo de José Antonio y Domingo, mantuvieron a Manuel vivo y con la dignidad en alto. Muchas montañas y trillos sintieron la cercanía de Manuel. La fuerza del ELN hoy es su propia victoria, unida a la voluntad y decisión de un cuerpo de mandos y combatientes que hacen grande esta causa, al ELN, y que nos permiten soñar en un mundo nuevo.

El comandante Manuel Pérez Martínez, murió el 14 de febrero de 1998 a las 6:13 p.m. Ese frío soplo de la muerte ha apagado físicamente un gran valiente y noble espíritu; ha paralizado un incansable y cálido corazón humanista, tierno, internacionalista, solidario, fraterno, exigente, laborioso, guerrero, profético, amoroso, patriótico, deportista, hacedor, constructor, corazón que vibró con todo su vigor en la defensa de la causa justa de la lucha popular y en la defensa incansable de la revolución continental.

Su prodigiosa personalidad y su grandiosa imaginación lo llevaron a concebir grandes obras y pensamientos nutridos del tomarle el pulso a diario a la realidad nacional y del conocimiento profundo y asimilación creadora de sus más próximas fuentes, el Camilismo y el Guevarismo.

Nuestro padre y jefe entendió y practicó como el que más que en nuestra América el compromiso de la defensa de los pueblos para que sea eficaz, debe traslucirse en asumir sin límites el destino y la vida de los más pobres. Encendiendo en ellos la llama liberadora que los lleve a comprender las causas de las injusticias y a exigir el derecho a la revolución, entendida ésta como la autonomía de los pueblos, su igualdad, la socialización de la vida, sus bienes, sus desafíos, esperanzas, sus derechos y deberes.

MANUEL PEREZ MARTINEZ



¡No se trata de matar

sino de defender la vida de los pobres!

Manuel Pérez Martínez expresó: *«Camilo murió en febrero y en julio era mi ordenación de sacerdote. Cuando llegamos a Colombia (Domingo Laín, José Antonio Jiménez Comín, Manuel Pérez Martínez), Camilo estaba fresquitico y todo el mundo trabajaba con Camilo, Camilo era la gran herramienta para la Pastoral, estaba en marcha el movimiento Golconda de sacerdotes*

colombianos.

Al frente de estos sacerdotes, como unos cincuenta, estaba el obispo Monseñor Valencia Cano... estábamos descubriendo todo: la experiencia de Camilo, el Concilio Vaticano II, las mismas izquierdas...»

Manuel dedicaba buena parte de su tiempo a las largas jornadas guerrilleras. Sin descuidar en absoluto su responsabilidad de comandante dialogaba con los combatientes, educándolos para el estudio, el trabajo, el deporte, la cultura, el combate.

Donde llegaba sembraba capullos del hombre nuevo y difundía la urgencia de luchar por un sistema social, económico y político radicalmente opuesto al capitalismo. Con qué interés, calor y alegría acogía al campesino, al obrero, a las mujeres, a los jóvenes; cómo los escuchaba y aprendía de ellos.

Como internacionalista consumado, amó a plenitud la causa popular colombiana y Latinoamericana, la que hizo suya sintiéndose colombiano como el que más, sin dejar de amar reconocer su origen aragonés, español, sintiéndose ligado con especial cariño a su Alfamen del alma, sus gentes, sus costumbres, su familia.

Nuestro padre y jefe, recorrió Colombia, la estudió, la comprendió, se sentía uno más entre sus gentes.

Manuel Pérez Martínez conocía como a su familia a los cuadros del ELN, especialmente a los pertenecientes a la vieja generación, valoraba en ellos la fidelidad a la revolución y nos exigía un profundo conocimiento de todos los asuntos a desarrollar.

Era enemigo por naturaleza de la desidia, la negligencia, la pereza y el formalismo y combatía sin desmayo cualquier asomo de estas deformaciones.

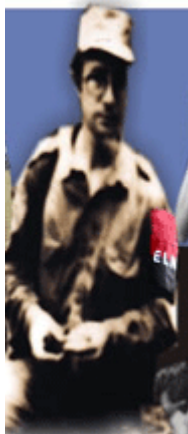
Forjador, impulsor y defensor de la unidad de las guerrillas en Colombia alrededor de la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar, de la que fue partícipe desde su nacimiento, nos dejó como exigencia trabajar sin descanso por su fortalecimiento y desarrollo.

De igual manera nos legó su pensamiento y práctica en torno a la defensa ineludible de los principios revolucionarios, la línea político-militar del ELN, la estrategia revolucionaria, a la par que nos enseñó la flexibilidad política, táctica que no riñe ni se contrapone con el desarrollo de los principios revolucionarios; criticaba con energía los métodos administrativos de mando y la grosería respecto al trato a las camaradas, al pueblo y a sus pocos bienes.

La muerte lo encontró en el mejor momento de su vida revolucionaria sin haber agotado aún sus capacidades físicas y en pleno goce de sus brillantes facultades mentales dedicadas a darle claridad a la causa por la que entregó su último aliento.

DOMINGO LAIN SÁENZ

Símbolo del internacionalismo revolucionario



Mi incorporación al ELN no es sino una consecuencia de todo un proceso de compromiso con mi pueblo, y desde las montañas de Colombia y en unión de los hombres que en un gesto poco frecuente de amor real al pueblo iniciaron la lucha por su liberación, confirmé mi decisión de entrega de mi vida en aras de tan noble causa, consciente de que la posibilidad real de la muerte está presente en la actividad diaria del guerrillero. El ejemplo de Camilo Torres fructificó en Colombia y otras partes del mundo.”

Domingo Lain fue párroco en el barrio Tunjuelito, al sur de Bogotá, donde por coincidencia años atrás también Camilo trabajara. Durante este tiempo, además fue obrero en una ladrillera en la que laboraban muchos de sus feligreses. Esta experiencia le permitió conocer y comprender la dura realidad de los trabajadores colombianos.

Formó parte del grupo Golconda, que se organizó a raíz de la caída de Camilo en combate. Fue expulsado de la Arquidiócesis de Bogotá y viajó a Cartagena donde vivió varios meses.

Allí también continuó combinando su labor como sacerdote y obrero, viviendo y trabajando a la par que los habitantes del barrio Olaya Herrera. Participó en reuniones de diferentes sindicatos y se relacionó con dirigentes obreros de todo el país.

Domingo era de carácter alegre, lo que le ayudó a penetrarse con los compañeros de lucha, poco a poco se adaptó a la vida del monte. Al morir se había convertido en el líder del grupo donde estaba; todos los combatientes sentían una gran confianza en él tanto para conversar como a la hora del combate.

Domingo Lain Sáenz es otro símbolo del internacionalismo revolucionario. Su compromiso fue a fondo y hasta las últimas consecuencias, por ello siempre estará, con su sonrisa, caminando entre nosotros.

CARTA ABIERTA

De Domingo Lain

(Extractos)

Siguiendo un imperativo moral, nacido de la conciencia de no pertenecerme a mí mismo como revolucionario sino a las masas explotadas de Colombia y a las de todos los países oprimidos, a la vez que respondiendo al carácter público que en nuestra sociedad reviste la función sacerdotal, cumplo con un deber de orientador del pueblo al incorporarme a las guerrillas del ELN, a su línea de acción y a sus programas político-sociales.

Al hacer pública esta decisión, renuevo mi compromiso irrevocable aceptado al ser ordenado sacerdote, de consagración, fidelidad a los pobres y oprimidos; de solidaridad en su lucha por la liberación de toda esclavitud.

Pienso que ahora empieza mi auténtica consagración sacerdotal, que exige el sacrificio total para que todos los hombres vivan y vivan en plenitud. No es casual coincidencia, sino consecuencia lo uno de lo otro, el que este anuncio se haga el día en que el pueblo colombiano celebra con redoblado espíritu de lucha y de fe en el triunfo de su causa, el cuarto aniversario de la muerte física del gran líder de nuestro pueblo Camilo Torres Restrepo. Su palabra y su ejemplo siguen siendo banderas de redención, grito de esperanza para todos los explotados, consigna en el combate guerrillero, luz en el camino. .. Llegué a Colombia hace aproximadamente tres años. Venía con mi sacerdocio recién estrenado y con una sola decisión: la de compartir solidariamente y hasta el final de mi vida, aspiraciones y frustraciones de las masas desposeídas a las que se les niega todo derecho, hasta el más básico y fundamental: el derecho a la vida.

Con ese pensamiento entré a trabajar en las empresas de Bogotá primero y de Cartagena después. Experimenté en carne propia la situación de explotación y miseria de la mayoría de la población y me uní a sus luchas; a la vez que hacía esto, ejercía mis funciones sacerdotales. El único delito que cometí y que debió ser la causa de mi expulsión del país, decidida por la oligarquía, fue el delito de luchar por el derecho de todos los hombres a la vida, al trabajo cumplo con un deber de orientador del pueblo al incorporarme a las guerrillas del ELN, a su línea de acción y a sus programas político-sociales.

Me acusaron de subversivo por denunciar sin cesar la violencia opresora ejercida por un sistema social inhumano e injusto, porque llamé a la unión y a la rebeldía a todas las clases desposeídas y explotadas.



En Buenaventura, junto con otros compañeros sacerdotes, hice pública mi voluntad decidida de entregar mis esfuerzos, mi vida entera por la liberación del pueblo colombiano y por la construcción de una sociedad socialista, al firmar el documento revolucionario llamado «Golconda» Mi incorporación al ELN no es sino una consecuencia de todo un proceso de compromiso con mi pueblo, y desde las montañas de Colombia y en unión de los hombres que en un gesto poco frecuente de amor real al pueblo iniciaron la lucha por su liberación, confirmo mi decisión de entrega de mi vida en aras de tan noble causa, consciente de que la posibilidad real de la muerte está presente en la actividad diaria del guerrillero.

Opté por la revolución socialista porque es el único medio de arrancar desde su raíz las causas de la explotación, de la alienación individual y colectiva; porque solo una sociedad construida sobre las leyes económicas, políticas y sociales de justicia, puede hacer pasar de la utopía a la realidad el anhelo de la fraternidad de los hombres y

entre los pueblos, imperativo fundamental humano y por lo tanto, cristiano.

Tomé el camino de la lucha armada porque frente a la violencia reaccionaria opresora de los sistemas vigentes en Colombia y América Latina, no cabe otra alternativa sino la violencia revolucionaria liberadora. La violencia revolucionaria no tiene credo religioso, no es atea ni cristiana; es el resultado de leyes económicas, históricas y sociológicas, de la conformación y desarrollo de las sociedades y de las relaciones de sus miembros o grupos y, por lo tanto, es un derecho de los pueblos oprimidos y de los más explotados para salir de su explotación.

Al decir esto, no puedo dejar de denunciar la brutalidad y la injusticia del régimen colombiano que solo se apoya en la violencia y en la intimidación para mantener en la miseria más espantosa y en la explotación más inhumana a la mayoría de la población. Así mismo desenmascaro la complicidad de la Iglesia al constituirse en defensora y en pilar fuerte de dicho régimen, abusando del dominio sobre las conciencias que todavía ejerce en grandes sectores de la masa proletaria; una iglesia que condena la violencia y rebeldía de las clases pobres y explotadas, aceptando y conviviendo con la violencia, la represión y la opresión ejercida por las clases ricas y explotadoras.

Hoy, en América Latina, el pacifismo y la violencia moral de algunos agentes y hombres de la iglesia, es lo mismo que la violencia y guerra reaccionaria."

...Desde las montañas colombianas, febrero 15 de 1970.

COMANDANTE DIEGO CRISTÓBAL URIBE ESCOBAR

Diego Cristóbal nació en Envigado (Antioquia) en 1939. Proveniente de una familia de clase media hizo sus estudios en el seminario mayor del municipio de la Ceja (Antioquia), y de allí pasó a estudiar teología con la orden de los franciscanos, donde se ordenó como sacerdote en 1964.

Sin escrúpulos, dedica los mejores años del sacerdocio a la causa de los pobres, y con ellos comparte sus angustias y necesidades, su escaso pan y sus ganas infinitas de construir un mundo digno.

Hombre de un pensamiento universal, sus estudios los basó en un permanente contacto con la realidad social y política de Colombia. Abanderado del movimiento "Golconda", trabaja con empeño en la organización popular en los barrios de invasión de Bucaramanga, con el también sacerdote franciscano Aurentino Rueda, en Medellín con el sacerdote Vicente Mejía, y en Bogotá con René García.

En Tunjuelito y Lucero Alto de Bogotá dejó sus profundas huellas como pastor de los que nada tienen; su fe era práctica, su cristianismo era histórico, su compromiso irreversible, su amor por los pobres fue infinito.

De tanto trasegar por aquellas callejuelas de infamia, y de ver la pobreza secular en aquellos rostros desesperanzados, entendió que sólo a través de la revolución podría realizarse plenamente su compromiso como sacerdote y dirigente popular.

Se vinculó al ELN en el año 1972, en Bucaramanga (Santander). Con Camilo- decía constantemente- aprendí que " *la revolución es un imperativo cristiano*".

En la Organización se destacó por la amplitud de sus conocimientos, su estricta disciplina, su lealtad, su humanismo y convicción. Ante el acoso de las jerarquías, de

sus superiores en la orden franciscana, y ante las evidencias de una posible captura, y motivado por su compromiso ineludible, Diego se vincula al Frente Camilo Torres Restrepo en 1978.

Luego de ser delatado por Julio Anibal Leguizamón y Claudio León Mantilla, construyó con cientos de combatientes de origen campesino una de las estructuras más sólidas del ELN en esos tiempos de dificultades.



Su adaptación a la vida guerrillera fue fácil y sencilla. Su experiencia y formación lo llevaron a la dirección del Frente en 1978, donde a finales de ese año, es nombrado responsable político o máximo comandante del Frente.

En calidad de representante del Frente Camilo Torres Restrepo participa en la Dirección Nacional Provisional, julio 1979, hasta su caída en combate.

Cae muerto el 29 de noviembre de 1981, en Suratá – Santander del sur – al desarmar heroicamente e intentar disparar a un militar que, minutos antes y acompañado de su tropa, allano una casa en la que llevaban a cabo una reunión varios integrantes del Ejército de Liberación Nacional.

Diego fue fecundo por siempre como sacerdote, como guerrillero, como dirigente popular y revolucionario.

Fue, y es, profeta de la unidad elena y guerrillera. Su muerte, al igual que su vida, fue un permanente acto de valentía y dignidad revolucionaria.

Los habitantes de Suratá, aquel pueblo olvidado hasta para el infortunio, cuidaron su tumba durante cuatro años, ofrendaban en su lápida claveles rojos y negros, honraban su memoria con peregrinaciones y movilizaciones todos los fines de semana; cuando sus huesos fueron trasladados por orden de su familia, levantaron en su memoria, en plena mitad del parque municipal, una enorme placa que cubierta con la bandera rojinegra del ELN, que recuerda por siempre que allí murió uno de nuestros siete comandantes.

***“El 4 de julio de 1964
emprender un camino
Un camino hacia un nuevo horizonte
Iniciaron una marcha
Que hoy, 43 años después
Se multiplica en muchos hombres
Que quieren construir futuro con el
pueblo
Y que se levanta en el grito”
NI UN PASO ATRÁS
LIBERACIÓN O MUERTE***

